

## Capítulo 21 – Y Ella de Repente Empieza a Llorar

Liliana comenzó a ponerse el traje de combate, que era el paso previo a enfundarse su armadura. No tenía tiempo para buscar un vehículo en el que ir, y con el traje en una hora podría estar en casa de Gabriel. Le temblaban las manos, su pulso estaba desbocado. No estaba segura de si era porque temía un fatal desenlace o por si las secuelas de todo lo sucedido en su última intervención le seguían pasando factura. Todo había ido demasiado deprisa para ella, y no había podido madurar nada, no había podido disfrutar de nada. Ni siquiera de él. No sabía muy bien por qué se sentía atraída por Gabriel, por qué lo amaba, o por qué ella lo amaba a él. No tenía una explicación racional que darle, aquello iba más allá de lo que ella podía explicar. Estaba en su naturaleza, aquel romance había nacido en las raíces de su ser. Era algo más que química, pero se sustentaba fuertemente en ella.

Buscó su amuleto, no lo encontraba por ninguna parte. Ya no había ritual de conversión, ya no había una Eva y una Liliana que sólo se tocaban cuando se miraba al espejo, ya no había dos mujeres. No sabía muy bien lo que había, pero sólo había un alguien. Sólo había un nombre, aunque no sabía cual era. No se planteaba en lo vulnerable que estaría con su traje en campo abierto sin una unidad o un equipo detrás de ella que la apoyase, sólo pensaba en lo frágil que era él, en lo fácilmente rompible que era. Las personas era frágiles en aquel mundo, sus convicciones eran quebradas con facilidad, al igual que sus huesos.

Y sin embargo, ella todavía permanecía en pie. Durante todo este tiempo había visto su viaje, como había conocido al doctor, a Uriel y a Rafael, y cómo había perseguido... Algo. No conocía al Gabriel que había visto en su viaje, no sabía que lo motivaba a seguir, o por qué había siquiera comenzado. ¿Era cierto que aquel Gabriel que miraba era distinto? ¿Era cierto que había tantos Aquitán como lo permitiesen las leyes de la posibilidad? No estaba segura, sólo le quedaba una cosa, preguntar al Gabriel que conocía, al Gabriel que amaba.

Se sentía culpable. Había aprendido muchísimo sobre el Nuevo Edén con sus visiones, y nunca había dicho nada. Era difícil saber con seguridad si todo aquello hubiese sido de ayuda para luchar contra ellos, pero tampoco era imposible. También era cierto que hasta hace poco no estaba segura de la veracidad de aquellas cosas, pero ahora, aún sabiendo que todo aquello no había sucedido, ni iba a suceder, estaba convencida de que era real de algún modo.

Tenía que salvar a Gabriel. Esa era su última carta, su jugada final. Salvar a Gabriel.

Todo el personal operativo de Destino estaba en la sala de operaciones. El Terrible ocupaba la posición central, mientras que Aurelio tomaba los mandos de la sección de MARIA. Había muchas posiciones desocupadas, en el mismo momento en el que se descubrió que Eva no se encontraba en el hospital, todo el mundo había entrado en posición de intervención. El número de operarios que se encontraban en aquel momento en Destino era reducido, y todos aquellos que podían ser de utilidad se encontraban en la sala de operaciones. Destino había sido cerrado completamente, haciendo imposible tanto la salida como la entrada del mismo.

-Dime, Aurelio -comenzó diciendo el Terrible-. ¿Apostarías por la prudencia o por la naturaleza de Ícaro?

-¿Ícaro? ¿Qué pinta Ícaro aquí?

-Responde.

-No sé, se supone que muere estrellándose con el suelo. No apostaría por Ícaro en absoluto.

-Sí, ¿Por qué se estrella Ícaro? ¿Es porque voló demasiado alto o porque le dieron alas de cera? Si

tú supieses que él se dirige al sol, darle alas de cera sería un sabotaje, ¿Cierto?

-Con alas de cera no se puede ir al sol, vale. ¿Qué me intentas decir con todo esto?

-Tenemos a Ícaro en la pantalla, Marcos. Sabemos que ella va a por el sol, ¿Verdad? La pregunta es si confiamos en su prudencia, y le damos alas de cera, para que no se arriesgue a ir al sol, o le damos alas auténticas, aún a riesgo de que ella misma no sea capaz de llegar hasta ahí.

-La conoces mejor que yo. ¿Crees que Eva puede dar media vuelta si no le damos apoyo?

-No, parece dispuesta a matarse igual. Pero quería la opinión de alguien que ha sufrido las consecuencias de la caída en su propio cuerpo.

-Comprendo.

-Entonces, decide tú. Tú eres el que manejas el destino.

Marcos comprobó otra vez las lecturas de MARIA, eran inútiles. El suministro eléctrico era insuficiente para que el sistema funcionase bien. Tenía hambre, la máquina orgánica necesitaba sustento, sin ella era igual de productiva que una persona con el estómago vacío. Pero eso Juan ya lo sospechaba, quería que la decisión la tomase él, no mirando a MARIA, sino mirando abajo. A esa zona de su cuerpo hace mucho le había abandonado: sus piernas.

-Si ella se ha recuperado, Doncella también debe estar en condiciones para salir.

-Eso creo. ¿Esa es tu decisión?

-Dices que va al sol, ¿A qué te refieres con eso?

-Sufre la acción directa del Firewall 666,66, presencia el poder y el horror del Nuevo Edén, y sobrevive. Ahora, se recupera y sale directa a ponerse su armadura de Destino para ir hacia un lugar concreto. No hay que ser un experto para saber que sea cual sea ese lugar, es vital para nosotros.

-Las comunicaciones siguen inhabilitadas -dijo la técnico que estaba en sustitución-, no podremos contactar con ella en por lo menos... 40 minutos.

-Esa es una caída muy alta... -dijo Aurelio para sí-.

-Por eso necesita nuestra ayuda.

Aurelio no estaba seguro de si aquella decisión era más un criterio profesional o un criterio basado en el sentimiento de culpa que seguramente tenía el Terrible después de la muerte de tantos de sus agentes, pero no cuestionó su decisión. Él también, quizá por motivos similares, deseaba tomar una acción similar. Doncella estaba lista para enfundar el traje.

El teléfono comenzó a sonar en el despacho de John Naic, que no tardó en coger la llamada.

-Al habla el presidente Naic.

-Presidente -dijo una voz por el teléfono-, lamento molestarle a esas horas.

-Estoy trabajando, no te preocupes. Ve directo al grano.

-Hemos detectado a un agente de Destino enfundado en su armadura sin autorización certificada de la organización.

-¿Qué?

-Un agente de intervención de Destino está recorriendo la ciudad de salto en salto, y no tenemos ningún certificado digital que nos avise, o que confirme la identidad del agente.

-¿Me estás diciendo que podría ser un rebelde?

-Así es.

-Mierda -dijo Naic mientras colgó el teléfono-. Vaya mierda de religión te has montado, del Temple.

Naic se cambió de ropa a toda prisa. El operativo estaría preparado en cuanto bajase al sótano de la casa presidencial. Aunque no era un función propia del presidente europeo, todo lo relacionado con Juan el Terrible Naic siempre lo había tomado y dirigido como algo personal. Era incapaz de explicar las emociones o el sentimiento de rivalidad que tenía con un hombre que en el mejor de los casos no debía ser más que un mero peón a su lado, pero estaba seguro de que no lo era porque no se comportaba como tal. Los peones no ocultan nada a sus amos, al menos nada de valor. Fuese lo

que fuese lo que hubiese detrás de la careta del Terrible, para Naic tenía mucho valor, aunque sólo fuese porque se lo estuviesen ocultando.

En la sala que usaba para monitorizar aquel tipo de operaciones no había grandes aparatos ni demasiada tecnología. Había una mesa para que todos los presentes se pudiesen sentar, una pantalla gigante en una pared, y un equipo de telecomunicaciones para establecer contacto con quien quiera que tuviese la necesidad de contactar. No había ninguna ventana, y sólo había una luz, que eran varios fluorescentes en el techo. De aquel lugar sólo sabían de su existencia las personas cuya presencia era requerida de forma irremediable de vez en cuando, y él mismo.

-El dron que hemos desplegado ha sido intervenido -dijo Aurelio-, ven lo que nosotros vemos.

-¿Por quién?

-ONS.

-Naic. Debían llevar tiempo detrás de eso, estad preparados para su llamada.

-Según MARIA, Eva ha sido detectada por una patrulla, un vehículo y cinco soldados que estaban de patrulla cerca del Ebro

-Parece fiable. ¿Sólo cinco soldados?

-Así es, pero todo el mando militar debe estar al tanto de la operación.

-Sí, pero sólo son cinco soldados. El poder es obediencia, si no hay nadie para obedecer, no hay poder. Doncella puede con una patrulla, por muy dañada que esté.

-¿Estás sugiriendo que atacemos la patrulla?

-¿Conocen la localización de Doncella?

-No lo creo.

-Bien, esa será nuestra última bala. Espera a la conexión de Naic.

-No tenemos ninguna conexión entrante -respondió la técnico de comunicaciones-.

-No entiendo -dijo Aurelio-. La patrulla se está acercando, definitivamente se dirigen a la posición de Eva.

-No podemos contactar con Eva, pero podemos contactar con él -respondió la técnico-.

-Naic... Quiere que llamemos nosotros, quiere dejar claro que somos nosotros los que tenemos que llamar.

-¿Está loco? ¿Y si esa patrulla tiene infiltrados del Nuevo Edén?

-Para él eso es secundario. Quiere dejar claro que manda, que este es su juego. Siempre me había llamado él, parece que se ha cansado. Compíte conmigo.

-¿Y qué vas a hacer?

-No podemos dejarnos vencer, ni contra él ni contra nadie.

-¿Vas a dejar todo esto en el limbo?

-Aún podríamos mandar a Doncella contra la patrulla.

-¿Contra los soldados? -preguntó incrédulo Aurelio-.

-Técnico de comunicaciones, establece conexión con la patrulla militar, aunque no sea seguro.

-Como ordenes -respondió ella-.

-Juan... -dijo Aurelio en voz baja-. Como esto acabe mal por culpa del orgullo de...

-Petición de comunicación entrante -dijo la técnico-, ¡Origen desconocido!

-Perfecto, déjale ahora hablar.

La voz de John Naic no tardó en resonar por la sala.

-¿Qué intentas? Ese agente no tiene autorización por tu parte para realizar una misión, y no contesta las peticiones de comunicación. Es una rebelde, no tienes potestad sobre alguien que no te la concede.

-El módulo de comunicaciones de la armadura de combate de la agente Eva se repondrá en unos minutos. Entonces contestará.

-¿Por qué no tiene expedido un certificado digital que la autorice a llevar el arma?

-Porque no se lo he dado.

-Si ella comete algún acto ilegal según el orden civil, si no tiene esa autorización, será juzgada como uno más de los mortales.

-¿Estás interesado en ella?

-Estoy interesado en el desertor que acaba de salir de tu edificio, convenientemente bloqueado y cerrado.

-Eres presidente de toda Europa, ¿Qué haces tratando este tema menor? Pon tus cartas sobre la mesa.

-Tengo reportes de la ONS que apuntan a que tienes un topo entre tus filas, y que eres consciente de ello. Como comprenderás, vigilamos bien Destino después de conocerlo.

-Tengo otra agente detrás de Eva, siguiendo su camino. Si Eva demuestra ser leal al Nuevo Edén, será dada caza inmediatamente. No necesitamos a las fuerzas armadas.

-¿Y qué crees que está haciendo si no es volver con los suyos? No te dice nada ese sistema tuyo.

-No lo sé. Eso vamos a averiguar.

Se cortó la comunicación. Ambos dieron aquella conversación por terminada.

-Está deseando meterse aquí por todos los medios posibles -dijo Juan-, pero al menos juega a nuestro favor una cosa: cuantas menos personas tenga que manipular, mejor. Quiere descabezar la organización y suplantar la dirección con sus marionetas; pero no puede hacerlo a cualquier coste. Si se la opinión pública se entera de esto, la primera cabeza que pedirán será la suya.

-Entonces, ¿Podemos estar tranquilos?

-No. Los costes sólo se consideran altos cuando el valor de la inversión no los compensa. Si todo va bien, pronto seremos una inversión muy rentable.

-Lamento comunicaros que hoy no podréis ser atendidos por el señor de la casa -dijo una mujer muy elegantemente vestida con un pin de Destino en su chaqueta-. Hay habitaciones para invitados más abajo, os voy a dejar una llave.

-¿No podemos volver a casa? -preguntó Mario-.

-No -contestó Jorge secamente-. Fuera no estaremos seguros.

-Él tiene razón -respondió la mujer-, ahora mismo no es seguro. Tenemos agentes de intervención desplegados, tendréis que esperar a mañana. Lo lamento profundamente, yo también hubiese deseado ver que es lo que tenéis, y por lo que el señor le ha hecho llamar.

La mujer se fue de la sala de espera, previsiblemente para buscar las llaves.

-¿El señor de la casa? -dijo Mario- Ese hombre está chalado, y su séquito más aún.

-¡Trabajas para ellos! -le dijo Sara-.

-Pero no lo sabía -respondió él-, no lo sabía hasta hace 24 horas.

-¿Cómo puedes ser tan tonto?

-Porque creía que el que me contrataba era más tonto que yo. Ese es un error que os aconsejo no cometer. En cualquier caso, con tu amigo hubiese acabado aquí de todas las formas posibles.

-¿Por qué dices eso? -preguntó Jorge-.

-Porque lo sé. Es inevitable, tus talentos no son de los que pasan desapercibidos. Bueno, de hecho ya estabas más que fichado. A tu madre la llaman cada dos por tres del instituto, pidiéndole que vuelvas. No se terminan de creer que no sepa donde estás. Si se enterase de que estabas en la habitación de esta señorita, te descuartizaría.

-Lo sé -respondió él-, me lo dijo alguna vez. Lo del instituto, digo. Pero no entiendo, ¿Qué me hace especial a mí? Tú mismo me has dicho que hay más como yo, que tienen los mismos talentos.

- Tú has sido entrenado, concienzudamente. De todos los alumnos que tenía en su propio taller Zurqués, tú fuiste probablemente el único que no acabó en Utopía, pero no porque ellos no quisiesen, sino porque no hubo forma humana de localizarte.

-¿Sabes lo que pasó con Utopía? -preguntó Sara-. En el instituto no paran de hablar todos los días de ello, y en la radio suena mucho también.

-No, no lo sé con certeza -respondió Mario-. Quizá aquí si lo sepan, o en el gobierno, pero yo hace años que desconfío de las “Fuerzas naturales inexorables”. Eso es un vocablo del siglo pasado. O es el gobierno, entendiéndose a Destino como una parte de él, o ha sido el Nuevo Edén. Y todos sabemos que el gobierno no toca ni con un traje de plomo las tierras podridas, y que la secta parece tener cierta capacidad de adaptación.

-¿Y yo podré evitar que pasen esas cosas? -preguntó Jorge-.

-Cómo se nota que tienes menos de 25 años. Tú sólo no puedes cambiar el mundo, ya te darás cuenta de ello.

-Uriel quería que pudiese hacer esto. Estoy convencido.

-¡Deja de hablar de ese hombre! -dijo Sara-. Me pone de los nervios. Era un hombre muy extraño, aunque tenía claro lo que tenía que hacer.

-¿Y qué es lo que tendré que hacer?

-Para ti será fácil como canturrear tu canción favorita. Tendrás que describir dibujos, marcas. Va a ser espectacular, eso sí. Si el Terrible supiese quién eres o lo que puedes hacer, nos habría llamado incluso con un agente en el campo.

-¿Y por qué no se lo dices ya? Así no tendremos que esperar.

-Estas cosas no se pueden hacer a la ligera. Yo estoy muy tranquilo, pero lo cierto es que no tengo ningún motivo para estarlo, este chico puede suponer el fin del Nuevo Edén, sin exagerar lo más mínimo.

-¿Pero qué leches es exactamente lo que puede hacer Jorge que le hace tan especial?

-La verdad es que no lo sé -respondió Jorge-.

-Las cosas más extraordinarias son realizadas por gente a las que no les suponen ningún esfuerzo, por ello las personas que las hacen no se dan cuenta de ello, o eso dicen algunos de los mejores libros que me he leído. En cualquier caso, tu amigo es algo que los sectarios del Nuevo Edén llaman “Oráculo”.

-¿Y qué es eso? -insistió ella-.

-Su cerebro tiene acceso a una zona del espectro de ondas que nosotros no podemos percibir en absoluto, y que él capta con absoluta claridad. Los sectarios mantienen que esas ondas ejercen un fuerte influjo sobre aquel que las capta y llaman a esta zona de onda: El Abismo.

-¿Entonces que hace? ¿Las ve o las oye?

-No, no es algo que se sienta con los sentidos que tú tienes. Es un nuevo sentido, algo que no tengo ni idea de como es. Pero se manifiesta de formas que ellos conocen, eso seguro.

-¿Cómo sabes todo eso? -preguntó Jorge-. Se supone que yo tengo todas esas cosas, y sin embargo no sé nada de eso, ni noto nada de lo que dices.

-Todo esto me lo contó Aquitán, que de esto sabe un rato. Yo a cambio le contaba lo que sabía sobre la investigación del gobierno acerca del “Abismo”, pero eso fue hace mucho. Los sectarios creen que las ondas que hay en el Abismo no son en absoluto aleatorias, sino que son una voz que habla en un idioma que sólo ellos han conseguido descifrar. Algo de una semilla del Edén o algo así. Eso nunca me lo llegó a explicar bien, creo que él tampoco entiende esa parte. Lo que hizo Zurqués contigo fue enseñarte el supuesto “idioma” en el que habla esa voz.

-¿Y todo eso que significa?

-El Abismo no sé si habla o no, pero ellos se comunican desde hace años usando ese idioma a través de dichas frecuencias. Contigo, podemos descifrar todos sus mensajes, o mejor aún todos sus mapas. Básicamente, eres la garantía de que Destino va a reventar todas las claves del Nuevo Edén.

-Mientras pueda ayudar a Liliana... Me será suficiente.

-Parece que aminora la marcha, se está acercando. ¿Cuales son las órdenes? -preguntó Doncella por el intercomunicador-.

-Todavía no te descubras, quiero ver qué es lo que pretende -respondió el Terrible-.

- Está muy cerca de casa de Aquitán -dijo Aurelio-.

-Lo sé. Estoy prácticamente seguro que se dirige hacia allí, no necesito al MARIA para eso.  
-¿Tenemos alguna idea de por qué?  
-No. ¡Doncella! Síguela con cautela, no entres a ningún edificio salvo orden explícita.  
-Recibido -respondió ella-

Doncella trataba de seguir con toda la cautela posible a Eva, pero si no había sido detectada ya, era porque algo estaba nublando sus facultades. Ni siquiera la patrulla militar y su anómalo comportamiento habían hecho que ella cambiase de ruta, y por supuesto tampoco la había frenado su condición física. Doncella sabía bien de lo que era capaz su jefa de unidad, pero siempre se había considerado superior físicamente a ella. Aquella vez, sin embargo, el cansancio se estaba convirtiendo en su enemigo. Su estado físico tampoco era óptimo. Si no hubiese sido porque era petición expresa del Terrible no hubiese salido, pero entendía que era necesario.

No sabía muy bien con exactamente que ánimo mirar a Eva. Aunque estaba convencida de que ella era inocente de cualquier tipo de relación con el Nuevo Edén, había aprendido a no confiar siquiera en el cielo. Por el momento se tomaba aquello como una misión de escolta, lo cierto es que Eva en aquel momento era un blanco muy fácil.

Eva dejó de saltar de tejado en tejado y se quedó durante unos instantes, luego bajó por una escalera de incendios al nivel del suelo. Doncella se quedó mirando desde los tejados como entraba a otro edificio, uno de los rascacielos baratos de la ciudad, como tantos otros. Aquel era el edificio en el que vivía Gabriel Aquitán, pero Doncella desconocía aquel detalle. Algo en su instinto le decía que tenía que seguirla, pero esperó en su sitio. El centro de mando que no había cesado la conexión desde que ella había tenido que enfundarse el traje, había quedado completamente callado.

Eva abrió cada puerta con la máxima celeridad posible, y cogió el ascensor. Casi parecía ridículo, estaba enfundada en una armadura que valía prácticamente más que ella, con una mochila a reacción en la espalda, y tenía que coger un ascensor. La garganta se le estaba quedando muy seca. El corazón le comenzó a latir con más fuerza aún. Decidió sacar su arma de mano.

Aquella escena le resultaba familiar: la pierna dolida, la pistola en mano, la armadura enfundada... No era la primera vez que vivía aquello. Su mente parecía estar preparada para recibir otra visión, y sus pelos se erizaban como si estuviesen esperando algo fuera de lo corriente, algo que no fuese a Gabriel en su casa leyendo tranquilamente un libro. Algo que no fuese a Gabriel riendo, o hablando, o viviendo. No era mucho pasillo, pero lo recorrió corriendo, como si estuviese terminando una maratón y su rival estuviese a unos pocos metros. Derribó la puerta de una carga, y cayó al suelo. No se había dado cuenta hasta entonces de lo cansada que estaba casi no se podía mover.

“Doncella, dirígete a la posición de Eva y tráela de vuelta inmediatamente.” Oyó Doncella por su intercomunicador de boca del Terrible.

La pierna le dolía todavía más, había gastado todas sus fuerzas. Pero aún le quedaban unas pocas. No había tenido visión, no había habido nada de lo que esperaba. Tampoco había ruido, ni luz. Todas las persianas estaban bajadas, y no parecía que hubiese nadie, pero no podía estar segura, así que encendió la luz.

De todas las veces que Eva había visto aquello, aquella fue la peor. Su corazón empezó a bombear sangre, deseando que de la fuerza del bombeo este pudiese salir de su cuerpo, sus ojos se secaron, deseando cerrarse a lo que tenían delante. Un potente sonido agudo recurrió su mente, todo su cuerpo le gritaba a ella que tenía que salir de ahí, que no tenía que estar ahí.

Todo el salón estaba lleno de sangre, y el cuerpo de Gabriel estaba de la misma forma que los otros

tres. Tenía los brazos extendidos, y colgaba de sus pies. La pierna que le dolía le falló y cayó al suelo. No era capaz de moverse. En ese momento notó como una mano se ponía sobre su hombro. Sus pupilas se dilataron al instante.

Doncella siguió el recorrido que le indicaba el Terrible para llegar a la posición de Eva. Por un momento había olvidado todas sus limitaciones físicas que la acusaban en aquel momento, y corría tan rápido como lo hubiese hecho en cualquier otro momento. Fue fácil ver en que piso había entrado a la Liliana gracias a la puerta tumbada. Doncella no hizo preguntas, una vez entró en el piso comprendió perfectamente lo que tenía que hacer.

-Nos vamos, jefa -dijo a Eva mientras la levantaba-.

La cogió y se marchó inmediatamente, pero podía oír los sollozos casi inaudibles de su jefa de unidad.

-Gabriel... Tenía que llegar a tiempo. Tenía que llegar por ti... ¡Déjame volver! ¡Déjame volver!

-Jefa, tenemos que volver. Es una orden. No hay nada más que puedas hacer.

-¡Pero lo he visto! ¡Tocó mi hombro! ¡Pude verle el rostro! ¡Era él! ¡Era él! No sé como. Yo también he visto toda la sangre, he visto su cadáver. ¡Pero estaba vivo! ¡Me agarró por el hombro y me hizo mirarle! ¡Y era él! -Eva estaba gritando tanto que se estaba quedando sin voz-. ¡Era él!